El loco

Ana Grimal
Erica Grimal

El loco

Ana Grimal
Erica Grimal

Avant
editorial

Primera edición, junio de 2024
©Ana Grimal y Erica Grimal, 2024

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-10236-69-1
IBIC: FF
DEPOSITO LEGAL: M-15573-2024

A mamá, nos vemos en la luna.

Queríamos dar las gracias a la editorial por la oportunidad que nos han blindado. También dar las gracias al equipo que hay detrás, pues sin ellos esto solo sería un sueño.

Y darle las gracias a Adrián, él ya sabe porqué.

¿Conoces la frase «La curiosidad mató al gato»?

Eva aprendió la profundidad de lo que significaban esas palabras demasiado tarde.

Tras mudarse a un pequeño pueblo a las afueras de Zaragoza junto con su familia conoce lo que sería su perdición y su descenso a los infiernos a manos de una mujer descalza.

I

Iba sentada en la parte trasera del coche escuchando música, quería dar con la canción perfecta para ese momento, una que expresará exactamente como se sentía, enfadada y triste. Dejaba atrás la ciudad en la que había nacido y a los amigos que había hecho durante los diecisiete años que estuvo viviendo ahí.

El aire que entraba por la ventanilla la despeinaba, y el olor a campo abonado le hacía tener en el rostro una expresión de aversión. El sol abrasador le quemaba, su ropa negra no lo hacía más llevadero. Levantó el brazo en un intento desesperado por librarse de los rayos del sol, no lo consiguió, se cansó después de unos minutos y bajó el brazo abatida.

Entrecerró los ojos y observó los campos llenos de trigo y su color dorado, era bonito, pensó. Las motas de polvo que arrastraba el viento que quedaban flotando en el reducido espacio y pegadas al salpicadero la hacían estornudar. Se fijó en el poco tráfico que había, no se habían cruzado con muchos coches, tal vez uno o dos.

Había zonas donde la suspensión y los neumáticos del coche se resentían por el deterioro del asfalto.

Detuvo el reproductor de su móvil y se quitó los audífonos. Su padre no se había callado en ningún momento y desde que salieron de su antigua casa no paraba de decir lo feliz que estaba y lo poco que les costaría adaptarse a la nueva vida que les esperaba. Su madre en cambio, había estado en silencio asintiendo a todo lo que decía. Eva lo relacionaba a que su madre estaba más atenta de lo normal mientras conducía, no le gustaba la idea de que ningún animal invadiera su carril.

Ambos se dedicaban a la enseñanza pública; su madre, Carmen, había dejado de trabajar hace un par de años; sin embargo, su padre, Luis, había aceptado una plaza en el instituto como profesor de historia.

Después de casi tres horas de trayecto, divisaron la entrada del pueblo. A Eva le resulto imponente; a lo lejos se veía la gran iglesia de estilo románico, en realidad cualquier estilo de iglesia le infundía respeto. Las casas tenían la fachada de piedra, algunas eran más antiguas que otras, aunque compartían varias características; eran unifamiliares con un pequeño jardín en la entrada en los que había diferentes tipos de vegetación que parecían no haber sido cuidadas debidamente.

De repente notó como el coche se detenía abruptamente, un chico de no más de diez años, con una pelota de fútbol desgastada en las manos, había cruzado sin mirar. Produciendo en Luis la suficiente

indignación para comentar durante el resto del camino sobre la irresponsabilidad de los padres al no supervisar a su hijo y, los posibles desenlaces que hubieran ocurrido si no se hubiese frenado a tiempo.

Ya en marcha giraron a la izquierda, a unos metros empezaba una gran cuesta, que resultaba ser la calle principal, por la que Eva dudaba de que el coche pudiese subir. Sin embargo, siguió hacía delante, no sin que el motor empezase a emitir ruidos extraños. Reparó, gracias a que estaban hablando con una voz excesivamente elevada, en las dos únicas personas que había en la calle; dos señoras mayores frente al que supuso era el único supermercado del pueblo. No le hubiese dado más importancia si no fuese porque según la información que le dio su padre, el pueblo contaba con seis mil ciento cincuenta y siete personas aproximadamente. Era considerado un pueblo mediano, no obstante, en todo el recorrido solo se habían cruzado con tres personas.

Siguieron hasta un desvío a la derecha donde una mercería hacia esquina, el cartel indicaba que estaba abierta, en cambio, la tienda estaba vacía, no parecía haber nadie dentro. Por un momento se dejó llevar por su imaginación, relacionando el hecho de no haber visto a mucha gente y la tienda sin atender, con que estaba encantada. Pero su parte racional le devolvía a la realidad, probablemente el dependiente estuviese en la trastienda o haciendo algún recado.

Al llegar a la nueva casa, aparcaron justo en la entrada, mientras sus padres bajaron del coche para sacar las maletas y bolsas. Ella se quedó dentro haciéndose a la idea de que ese sería su hogar a partir de ahora. El sonido de la puerta del maletero cerrándose la sacó de sus pensamientos y salió lentamente del vehículo arrastrando su mochila consigo, cerró la puerta con estruendo y miró a su alrededor. No sabía en qué parte del camino el cielo empezó a cubrirse de nubes que lo tiñeron de gris. Giró sobre sí misma observando todo a su alrededor, mirase donde mirase, solo había casas, unas junto a otras con poco más de un par de metros y una valla separándolas. Le hubiera gustado estar más alejada de todo y de todos.

Nada más entrar, a la izquierda, escuchó a sus padres colocando la compra en la cocina; era pequeña y abierta, una encimera la separaba de la sala de estar, al lado estaba la nevera, se veía antigua pero funcional. En el lado contrario, pegados a una pared que desde su posición se veía llena de grasa, estaban los fogones y unos pequeños armarios que hacían de despensa.

Avanzó hacía el salón encontrándolo vacío, salvo por una chimenea llena de hollín, cenizas y algún que otro trozo de madera de lo que antes había sido un tronco a medio quemar.

En el lado opuesto de la chimenea, estaba uno de los dos baños, justo debajo de la escalera. Decidió desanimada, por lo que había visto de momento, no verlo

y empezó a subir al segundo piso, temiendo lo que se encontraría.

Lo primero que observó fueron tres puertas blancas de madera. Abrió la que se encontraba más próxima a ella, el fuerte olor a cerrado y humedad casi hizo que la volviera a cerrar, pero se armó de valor y encendió la luz. Vio una cama con el cabecero metálico cubierta por una colcha de color verde parecido al moho y un armario destartalado. Una sensación desagradable le recorrió de la cabeza a los pies, y tan rápido como pudo, evitando que las tablas del suelo crujiesen demasiado, se dirigió a la otra habitación. Sentía que el corazón se le iba a salir del pecho por el ritmo acelerado con el que le latía. Una de sus manos alcanzó el manillar y aguantando la respiración se preparó para abrirla. Esta vez no hizo falta encender la luz, puesto que la persiana estaba levantada, «me lo imaginaba», pensó mientras esa impresión que ya no le resultaba tan desconocida desde que entró en la casa la volvía a invadir, miró detenidamente la gran cama, el mismo cabecero y la misma colcha verde mohoso.

Decidió entonces que lo mejor sería tomar aire fresco en el balcón que había entre las dos habitaciones y que había visto de refilón al pasar. Así que cerró la puerta con más ímpetu del que hubiese puesto normalmente y encaminó sus pasos hacia allí asomándose por la barandilla. Respiró profundamente mientras cruzaba los brazos y empezó a hacer movimientos circulares

con los hombros en un intento de relajar los músculos de la espalda, que debido al largo viaje o a la tensión recientemente sufrida, sentía agarrotados. Le tomo cinco largos minutos darse por vencida y bajar donde creía que estaría su madre.

La encontró en la cocina, con un paño de tela naranja en una mano y un desengrasante en la otra, limpiando la encimera. Fue allí donde cayó en la cuenta, toda la casa tenía ese aspecto de no haber sido limpiada en años, no solo las habitaciones, todos los espacios de la casa estaban en el mismo estado; las paredes estaban grasientas, el suelo y cualquier superficie cubiertas por una cantidad considerable de polvo.

—Dime que has limpiado bien la nevera y los armarios antes de meter la comida en su sitio —dijo mientras se apoyaba poco a poco en el marco de la puerta. Una costumbre que tendría que cambiar si el estado de la casa no mejoraba pronto. Así que se obligó a enderezarse; cruzó los brazos y las piernas, adoptando para ella una postura relajada— ¿Me puedes explicar cómo se supone que voy a dormir en una de esas habitaciones?

Carmen la miró durante lo que para ella fueron minutos enteros. Vio como dejaba tanto el paño y el producto que había estado utilizando anteriormente encima de la encimera.

—Eva, ya sé que es muy frustrante para ti, créeme cuando te digo que también lo es para mí —dijo

girándose hacia el fregadero para lavarse las manos con el jabón de friegaplatos, dejando el tema en pausa por unos segundos. Técnica que le serviría para ganar tiempo y pensar una manera para tranquilizar a su hija—. Te pondremos unas mantas hasta que lleguen nuestras camas.

—¿Unas mantas? —Su voz se agudizó más de lo normal y empezaba a desesperarse. Notaba como la vena del cuello empezaba a hincharse y su pulso a acelerarse de nuevo— No pienso dormir ahí.

Su madre, que aún no se había girado ni tan siquiera para responderle, seguía mirando el fondo del fregadero, hipnotizada. Se giró lentamente y poso sus ojos en los de ella. Inconscientemente resopló.

__ ¿Por qué no te vas a dar una vuelta y recorres un poco el pueblo? —Cogió el paño y el producto y continuó con sus quehaceres ignorando por completo la cara de incredulidad de su hija —Igual te encuentras con tu padre, ha ido al bazar a comprar unas sillas para poder sentarnos a cenar en el salón.

La relación entre madre e hija no era la más idílica, nada más lejos de la realidad, el vínculo que Eva veía entre sus amigos y sus respectivas madres no era igual al que tenían ellas. El lazo que las unía y que mantuvieron una pequeña parte de su vida se había empezado a romper, no sabía exactamente cómo ni cuándo. Algunas veces mientras la veía haciendo cualquier cosa por la casa pensaba que igual había sido por culpa de

Carmen, ya que tenía la sensación de que con cada año que pasaba se volvía una madre más desapegada, otras sin embargo, pensaba que la culpa era de ella misma, que al mismo tiempo en el que iba creciendo se estaba convirtiendo en alguien insoportable y difícil de tratar.

Recordaba que al llegar a la edad escolar su madre no mostraba ya abiertamente sus sentimientos, a veces solo en contadas ocasiones, tan ocasionalmente que al momento de ser testigo de una de ellas le acababa por resultar incómodo.

Por el contrario, la relación con su padre era totalmente opuesta, él siempre se había mostrado abierto y cariñoso con ella, ya fuera de puertas adentro o delante de desconocidos. Luis era una persona cálida y cercana.

Sus padres eran tan distintos que no sabía porque seguían casados ya que su relación era igual a la de ellas dos. Fría.

Salió de la casa y cerró la puerta con tanta fuerza que se escuchó tras de sí como cedía la madera, pero no se quedó para comprobar las consecuencias de aquel arrebato, en cambio, miro al jardín; en el lado derecho había lo que se asemejaba a un rosal, hubiera sido uno en toda regla si no hubiese estado tan seco. Sus colores ya no eran los que debían ser cuando fue plantado, ahora un color amarronado pintaba los pétalos secos de aquella flor. Subió la vista al cielo percatándose de que todavía estaba nublado y de que no tenía pinta de que el sol asomase en ningún momento. Suspirando

volvió la vista a la calle y empezó a andar hasta que algo llamo su atención y la hizo detenerse. En la casa de enfrente, en una de las ventanas superiores, una señora mayor de pelo cano y con un semblante de desprecio en su rostro la miraba, por un segundo se quedó paralizada por la impresión hasta que la cortina se cerró repentinamente. Tras pensarlo un par de segundos más decidió no darle más importancia, su familia era nueva en el pueblo; era normal que más de uno tuviera curiosidad por quienes eran y lo que venían hacer aquí y que a otros la idea de tener vecinos nuevos no les llegara a entusiasmar del todo. Así que reanudando la marcha, abrió la verja y puso rumbo hacia la avenida principal, donde sabía que estaba su padre, solo esperaba no perderse al recorrer algunas calles.

Tan solo dos minutos después llegó a su destino y en vista de la decepción con su madre y su rápida salida de la casa, se había olvidado de coger su teléfono móvil y su cartera. Debería encontrar a su padre ella misma. No le resultaría muy difícil, casi todas las tiendas estaban unas junto a otras en aquella avenida situada en mitad del pueblo.

Dudo en bajar la velocidad de sus pasos, quería observar más detalladamente la zona aprovechando que estaba por ahí, pero no hacía día para pasear debido al bochorno. Eso unido al aspecto que tenían las nubes desde que entraron al vecindario, se notaba que una tormenta se avecinaba, así que acelero el paso no

quería que toda el agua cayese sobre ella. No le sirvió de nada; gotas pesadas empezaron a caer por todas partes, truenos empezaron a retumbar en lo alto y los rayos se dejaron ver. Corrió para cubrirse en el porche que creaba el hueco entre el ventanal y la persiana metálica de la tienda.

La temperatura debido a la humedad de las precipitaciones empezó a bajar, tenía la piel fría y mojada, así que decidió que lo mejor sería esperar a que la tormenta amainase un poco para salir de su refugio. Entonces se fijó en la tienda, unas cortinas cerradas le impedían ver el interior y le infundieron la suficiente curiosidad como para salir a asomarse y mirar el cartel arriesgándose a empaparse más con la lluvia, en letras luminosas de color rojo estaba escrita la palabra tarot.

Durante un segundo su mente se quedó en blanco y corriendo se volvió a refugiar en el porche, no sabía por qué, pero tenía la necesidad de entrar en aquella tienda, curiosidad, se dijo.

Tras más de veinte minutos esperando la recogida del chaparrón se dio por vencida. La tormenta no daba indicios de que se fuese a acabar pronto y aunque se deleitaba con el olor de la lluvia siempre que podía, le gustaba más desde la comodidad que le proporcionaba el sofá de su casa y una manta. Arrepentida empezó a pensar que no tendría que haber hecho caso a su madre, lo más probable era que su padre ya estuviera ahí así que seguir buscándolo no tenía ningún sentido.

Salió de la pequeña zona que se había convertido en su refugio temporal y rápidamente puso rumbo hacía su casa. Los coches transitaban lentamente debido a las fuertes precipitaciones y las pocas personas que pasaban estaban cubiertas gracias a sus paraguas. Todo parecía ir a cámara lenta salvo las grandes gotas que caían del cielo. De repente, a causa de la velocidad a la que estaba yendo, su ensimismamiento por su entorno y la acera húmeda, noto como uno de sus pies resbalaba hacia delante mientras que el resto de su cuerpo caía hacia atrás para al final terminar en el suelo. Intentó levantarse pero un dolor punzante que venía del hueso del coxis subió por todo su cuerpo. Dos señoras que pasaban justamente por ahí, ambas con paraguas negros, no hicieron ni el amago de ayudarla así que volvió a hacer el intento de levantarse sola; no sabía si era por el dolor o por verse en el suelo sin que nadie le quisiera ayudar, no quería pensarlo mucho tampoco, pero unas terribles ganas de llorar le embriagaron.

Ya de pie, medio encorvada por el dolor persistente y con la cabeza agachada para que nadie pudiera ver sus lágrimas retomo el camino. No le costó mucho llegar y limpiándose las lágrimas entro, no sin antes volver a echar una mirada a la casa de enfrente. Ahí estaba, la misma señora con una sonrisa burlona. Al pasar la puerta y cerrarla lo que la recibió fue un fuerte olor a pizza recién horneada y aunque tenía un poco de hambre subió directamente a su habitación sin darse

cuenta de las miradas de preocupación de sus padres. Necesitaba desahogarse, poder llorar tranquila sin que nadie la viese.

De pronto unos golpecitos suaves, dados casi con cautela, sonaron al otro lado de la puerta.

—¡Quién! —gritó, se sentía frustrada y enfadada y no quería tener que dar explicaciones a sus padres sobre lo que había pasado, solo quería quedarse sentada en aquel rincón de la habitación.

—¿Se puede pasar? —preguntó su padre a través de la puerta. Esperó unos segundos y al no obtener respuesta lo volvió a intentar—. ¿Se puede?

Eva lo pensó unos segundos más, al fin decidiéndose por levantarse. Tenía el cuerpo entumecido por el dolor, la tensión acumulada, la posición en la que había estado sentada y el frío que comenzó a sentir debido a la humedad de su ropa. Se acercó a la puerta y para atrasar todo lo que pudiera el momento de mirar a su padre a la cara abrió lentamente la puerta.

—¿Qué es lo que quieres? —volvió a preguntar, pero esta vez más calmada casi con tono cansino mientras volvía a sentarse con cuidado en su rincón.

—Estamos preocupados por ti —le respondió sentándose junto a ella en el suelo. Parecía mentira que tuviese la edad que tenía, no realizó en ningún momento algún gesto de molestia ni dolor debido a los achaques propios de su edad—. Sabemos lo duro que